

Las ruinas como alegoría de la imposibilidad y la soledad en el cuento *Un arte de hacer ruinas* de Antonio José Ponte

Selma N. Cruz Morales
Profesora
Universidad Interamericana de Puerto Rico-Ponce

RESUMEN

Un arte de hacer ruinas del autor cubano Antonio José Ponte es el relato que da propósito a este artículo. Se centra en el análisis de un universo literario a partir de un espacio urbano, neurótico, decadente y misterioso. Su escenario nuclear es la ciudad de La Habana, muy particularmente Centro Habana, cuyo estado de descomposición se ha ido apoderando, no únicamente de la geografía y la arquitectura de la antigua ciudad, sino que se extiende hasta otros espacios invisibles, los de la interioridad de aquellos que la habitan. En el cuento, las ruinas habitadas de esta ciudad caribeña sirven como metáfora denunciante del allanamiento y derrumbe del espíritu de un pueblo que “ha perdido el hábito de edificar”, incapaz de reconstruirse o erigirse a sí mismo. Una ciudad subterránea, emblemática y mítica llamada Tuguria se devela casi al final del cuento, erigiéndose de manera paralela a la ciudad derruida que yace en la superficie. Ponte funda a Tuguria en este relato, un lugar “donde todo se conserva como en la memoria”, una ciudad, homóloga a La Habana vieja, donde no se sabe qué ocurre dentro de ella. Las ruinas en el cuento son un signo evidente de que ocurrió un evento traumático en el pueblo, son remembranzas de la destrucción y la fragmentación del llamado “imperio imaginario” a partir de la revolución cubana.

Palabras clave: Antonio José Ponte, Cuba, ruinas, ciudad, memoria

ABSTRACT

Un arte de hacer ruinas by the Cuban author, Antonio José Ponte, is a narrative that gives purpose to this article. It centers on the analysis of a literary universe parting from an urban context, neurotic, decadent and of mysterious nature. Its nucleus scenario is the city of “La Habana,” particularly in the central part of Habana, whose decomposed status has been empowered, not only by the geography and architecture of the ancient city, but it extends to other invisible spaces of the internal complexities of those that lived there. In the story, the inhabited ruins of the Caribbean city serve as a metaphor denouncing the raiding and disintegration of the city's spirit that “has lost the habit to construct”, unable to reconstruct and uplift itself. A subterranean, emblematic and mythical city named Tuguria, which is revealed close to the end of the story, erecting itself parallel to a demolished city that lies on the surface. Ponte creates Tuguria in this narrative account as a place “where everything is preserved as in the memory,” a city, homologous to the “old Habana,” where no one knows what occurs within it. The ruins of the story are an evident sign of the traumatic events that occurred in the town, its reminiscences of the destruction and fragmentation of the calling of an “imaginary empire” as of the Cuban Revolution.

Key words: Antonio José Ponte, Cuba, ruins, city, memory

La pluralidad de significados que abarca la palabra ruina¹ nos remite a su acepción más patente, es decir, los restos arqueológicos, arquitectura arruinada por el paso del tiempo. Otras significaciones de la palabra la definen como la acción de caer o destruirse algo; destrozo, perdición, decadencia y caimiento de una persona, familia, comunidad o Estado. Estas son algunas de las definiciones más generalizadas para describir o explicar este concepto. Sin embargo, para el que las observa, la imagen de una ruina tiene un poder lingüístico y transportador, por su expedita facultad para movilizar ideas tanto de orden histórico, cultural, político y social. Imágenes que nos evocan la existencia de una experiencia humana, ya diluida en el tiempo, y cuyas aspiraciones han quedado subordinadas a un mundo inexistente que continúa reclamando su espacio en el presente.

La mirada frente a una ruina también puede darse a partir de una óptica estética, filosófica o poética. Como monumento, el artesano plástico ve en ella el deseo, la necesidad del ser humano de crear y de manifestar su capacidad artística; el filósofo ve más que una estructura fosilizada, pues le invoca la presencia de una intelectualidad humana que se acumuló como un esfuerzo de autopreservación; en el poeta, azuza su invención, en su sentido más sublime y provocador, la imagen de lo derruido es un signo del paso del tiempo sobre cualquier aspiración humana.

En la obra del escritor cubano, Antonio José Ponte, la imagen de las

ruinas figura como una constante que se traduce en un signo marginal, la ruina subyace como metáfora de la crisis de un orden que está a punto de colapsar. Por ejemplo, en el cuento "Un arte de hacer ruinas" existen las llamadas *barbacoas*, estructuras que se construyen en un espacio vertical, entre el piso y el techo, creando nuevas habitaciones muy reducidas en las que albergarán familias o grupos de personas que Ponte denomina *tugures*. Los *tugures* viven en un mundo sobrepoblado, apiñados en habitaciones cuyo espacio es muy cerrado, limitado, y que para colmo, en cualquier momento puede derrumbarse y sepultarlos vivos. Los habitantes de las barbacoas, estos *tugures*, son los arquitectos de los *tugurios* en esas ruinas urbanas de la Habana Central, es decir, se han encargado de crear la *tugurización* de la ciudad, en especial la de sus vidas, que se ven limitadas, cerradas, devaluadas, reducidas, tal como el espacio en que habitan.

Apoyándose en las teorías del ruinólogo alemán Georg Simmel² sobre la *estética de las ruinas*, especialmente cuando se trata de espacios urbanos que se han cerrado arquitectónicamente; pero no en su crecimiento demográfico, como es el caso de La Habana, Antonio José Ponte³, propone una nueva mirada ante los cuerpos desplomados y arruinados en la capital cubana. Esta mirada se posiciona desde un ángulo dramático para examinar de otro modo la realidad del país, evocando los hechos que se guardan en la memoria colectiva de una Cuba inexistente. Al igual que Simmel, que afirmó que "el deseo

nostálgico por el pasado es siempre deseo de otro lugar”, Ponte insiste en este relato-crónica, en la nostalgia, en esa melancolía que nos producen las ruinas, metaforizando así su estado de abandono a través de una imagen de orfandad, que nos remite a una especie de utopía invertida. Andreas Huyssen, crítico cultural alemán, señaló que “la ruina arquitectónica despierta la nostalgia porque combina de modo indisoluble los deseos temporales y espaciales por el pasado”⁴. Por ello, la ruina fue y sigue siendo un impulso poderoso de la nostalgia. Para Ponte las ruinas son más que la presencia del pasado: son recordatorios humillantes del presente, una desaceleración del tiempo interno de la isla y la disminución inevitable de toda gloria pensada o vivida.

En *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos*⁵, colección en la que aparece el cuento que da título al libro, Antonio José Ponte se da a la tarea de construir un relato de esos que se quedan rondando en nuestra cabeza, por su profundo resplandor simbólico y modo de desmitificar la revolución cubana. En la narración, Ponte mira las ruinas como un proceso de caducidad del imaginario colectivo que ha precedido a la revolución e irá configurando un mapa de las ruinas habitadas, obligándonos a reflexionar sobre la futilidad y la falta de permanencia de la naturaleza humana en toda actividad que realiza. El cuento nos conduce hasta un escenario en donde habita un joven estudiante de arquitectura, quien redacta una tesis sobre un fenómeno urbano que se ha extendido por la vieja Habana, la construcción de las barbacoas⁶, una

nueva modalidad de edificar en Cuba. El tutor de su tesis es un exprofesor universitario, inconforme con el orden establecido, y quien se perfila como un sujeto misterioso, exiliado en su propia casa, un espacio hermético, con ventanas cerradas, luz artificial y frío carcelario. Este a su vez, le presenta al profesor D., otro exprofesor, personaje extraño a quien su edad no le permite haberse jubilado por lo que podemos suponer que ha sido separado de sus funciones por alguna razón específica que se desconoce. El profesor D. también vive aislado, en una casa llena de objetos anacrónicos e incongruentes que fueron recogidos de ruinas previas o de los escombros de la ciudad: fragmentos de rejas, bancos de parques, faroles de portales, rótulos de calles; extraño conjunto que da la impresión de ser la réplica de una ciudad abandonada a su suerte. Este personaje será quien ayudará al joven estudiante en su investigación acerca de la hipótesis del crecimiento vertical de Cuba, ya que es el autor de una obra, *Tratado breve de estática milagrosa*, un texto que presenta los postulados acerca de una teoría que se fundamenta en un crecimiento arquitectónico que ocurre “hacia adentro” o subterráneamente en la ciudad. El tratado de trescientas páginas, escrito por este sabio y olvidado profesor, habla de los tugures, habitantes de una ciudad subterránea, Tuguria, “donde todo se conserva como en la memoria.”

El concepto *estática milagrosa*⁷ es una noción que describe el asombro de los urbanistas, los arquitectos y los planificadores ante el hecho de que muchos edificios que por cálculos

estructurales debían estar desplomados aún siguen en pie, especialmente en Centro Habana. Ponte se aprovecha de dos conceptos arquitectónicos, “tugurización” y “estática milagrosa”, para crear una ficción en torno a dos ideas que plantean la imposibilidad de la sobrevivencia en un mundo que, primero amontona vidas dentro de un espacio extremadamente reducido y luego, esos espacios habitados resultan ser estructuras que, según los cálculos de las leyes de la física, no deberían estar en pie. El profesor D. será quién concluya, después de una larga investigación, que la capital cubana es una ciudad “con tan pocos cimientos” y “que carga más de lo soportable”, que dicha condición de las estructuras en pie, aún en contra de todas las leyes de la física, resulta tan insólita que “sólo puede explicarse por flotación”, es decir, por lo que el profesor denominará «estática milagrosa». Será el tutor del protagonista el que le advertirá del peligro que corren aquellos que han tenido el misterioso libro en su poder, al día siguiente de la muerte del profesor D, quien termina sepultado bajo los escombros del derrumbe del edificio donde vivía.

“Fue una trampa lo del libro”, dijo mi tutor al entregarme la taza. Si le habían prometido publicárselo, quienquiera que le hubiera hecho tal promesa quería el libro hundido en el derrumbe, debajo de los escombros, sepultado. Razonaba ahora con las razones del amigo muerto.” (68)

“Si algo me pasara”, me confió, “aquí están mis notas de lecturas. Es lo único que queda de ese libro.

“Qué puede pasar”, pregunté con sonrisa poco verosímil.

“Los que han estado cerca de ese libro han terminado mal”, dijo. (69)

De esta manera el protagonista se implica en ciertos sucesos misteriosos que van llamando su atención, y hacen cada vez más lenta la preparación de su tesis, obligándolo a investigar los eventos que provocaron la muerte de su tutor y las actividades de un huésped escurridizo que va y viene por el apartamento de aquel tutor. Siguiendo las movidas del huésped es que el protagonista llega hasta un túnel, por él se traslada subterráneamente por otros túneles hasta dar con un espacio sin fin, una ciudad iluminada y desolada, pero casi idéntica a la ciudad que está arriba, allí descubre, para su sorpresa, un gran plano a escala natural en el que se distinguen todos los edificios que se han destruido arriba.

[...] allí existía una ciudad muy parecida a la de arriba. Tan parecida que habría sido planeada por quienes propiciaban los derrumbes. (72)

[...] tendría que cerciorarme de que era en todo igual. Solo así, más entrampado aún que al atravesar una taquilla y meterme en tan gran luz, habría llegado a Tuguria, la ciudad hundida, donde todo se conserva como en la memoria. (73)

Ponte funda a Tuguria⁸, una ciudad que no se sabe qué ocurre dentro de ella, “donde todo se conserva como en la memoria”⁹, es La Habana, que aparece duplicada en una ciudad

que está debajo de la tierra. Los tugures, son sus habitantes, “esa tribu de provincianos que viene a vivir a La Habana”¹⁰. Los tugures son los desplazados, gente capaz de “copiar un edificio hasta hacerlo caer”, determinados a meter en el espacio más limitado el mayor número de personas, donde parece no haber más lugar, ellos hacen un espacio, y “empujaban hasta meter sus vidas”.¹¹

Los conceptos *estática milagrosa* y *tugurización* se presentan en el cuento como alegorías de la imposibilidad, además de constituirse como los dos puntos de referencia principales en que se apoya la narración para describir un espacio habitado que crece hacia adentro. Ponte busca presentar a partir de ambos conceptos urbanistas la imagen de una ciudad en desequilibrio, cuyo máximo problema está metaforizado en la escasez de vivienda de sus habitantes, así como el estancamiento y la inestabilidad que esta provoca en la cotidianidad de los tugures. Esa imposibilidad del crecimiento de la ciudad y de la vida misma se concretiza en la imagen del primero, la *estática milagrosa*, amparándose en una arquitectura habanera que está siempre a “punto de desplomarse”, pero que contra toda ley física se mantiene en pie. En el segundo caso, en la *tugurización*, se metaforiza lo imposible de la devaluación arquitectónica del espacio (declarado inhabitable por las autoridades de la ciudad, que han dejado todas las estructuras en el abandono). Es en ese espacio precario donde, por necesidad, los tugures llevan sus apretadas vidas al límite, pues irónicamente por la

densidad humana que en él se alberga los pisos “se les caen encima de pronto”¹² y los sepultan en vida.

A través de la mirada investigativa del protagonista se nos va mostrando una ciudad que crece hacia dentro, aunque todos los días decrece arquitectónicamente. La vida “sin existencia” parece estar suspendida en un tiempo que no avanza, y se desploma asombrosamente dentro de las barbacoas que “flotan a cierta altura del piso”, delimitándola, hacinándola dentro de esas estructuras abandonadas, donde la cotidianidad resulta ser la nada.

El edificio adonde entramos había sido declarado inhabitable y nadie parecía vivir en él. Era el lugar menos pensado para hacer una visita. [...] Y estaba, por otra parte, el empeño de esos edificios en no caer, en no volverse ruinas. De modo que la perseverancia de toda una ciudad podía entenderse como lucha entre tugurización y *estática milagrosa*. (65)

«Un arte de hacer ruinas» se centra, desde la mirada interrogativa de un estudiante de arquitectura urbanista, quien ha visto morir de forma misteriosa al profesor D. y a su tutor de tesis. El desenlace asombroso del cuento se produce cuando el protagonista descubre una ciudad subterránea que resulta ser una copia de La Habana, sólo que en buen estado de conservación, donde las edificaciones lucen espléndidas e iluminadas, muy lejos del estado ruinoso de la ciudad que se desploma poco a poco en la superficie. La ciudad en ruinas se reduce a edificaciones fragmentadas de material demolido, una especie de “arquitectura

martirizada” se nos va develando lentamente a medida que el relato avanza. Una serie de sucesos, de fragmentos de vida se van entrelazando y entrecruzando para metaforizarse en la ruina, como ocurre con la casa del profesor D., cuya imagen muestra las partes desaparecidas o destruidas de objetos que se han instalado en un mismo espacio, dando paso a un nuevo orden del conjunto. Ponte utiliza este “espacio desatendido” como motivo para crear el eje del universo narrativo en el que se desplazan sus personajes. Este *Arte nuevo de hacer ruinas* nos devela un mundo desconocido detrás de las fachadas de los edificios que se caen a pedazos, la resignación, la tristeza, el desamparo y el hastío son los pilares que sostienen la ciudad de arriba. Antonio José Ponte nos acerca, como si fuese a través de un lente fotográfico, a la decadencia física y al paisaje derruido de la capital cubana, especialmente al de Centro Habana mediante imágenes de material demolido y desmoronamiento arquitectónico, logrando una plasticidad visual que estimula nuestra fascinación y deseo por mirar a través de ese lente. Con una mirada nostálgica los tres personajes del cuento discuten el deterioro y estado de descomposición de la que una vez constituyó una de las ciudades más deslumbrantes y hermosas de todo el hemisferio americano.

Así se nos aparecen los restos de un mundo en el que se impone la ruina “como un acto de revancha y venganza de la naturaleza” que vuelve a reclamar lo que le pertenece. El texto, sin ser político, más bien objetivo y sereno, apunta hacia el

fracaso profundo de la revolución de 1959, a la resignación y al desánimo de aquellos que habitan irremediablemente este espacio condenado a la decadencia. Ponte echa una mirada a las ruinas habitadas de la Cuba actual, que a diferencia de las ruinas clásicas como las de Grecia y Roma, cuyos vestigios resguardan y perpetúan la memoria histórica, estas ruinas contrariamente pretenden anular, desdeñar y silenciar el recuerdo de todo aquello que precedió a la revolución. Las ruinas habitadas de Cuba son la metáfora del allanamiento y el derrumbe del espíritu de un pueblo que “ha perdido el hábito de edificar”, son el reflejo de una imagen fallida, de un cuerpo que no puede reconstruirse o erigirse a sí mismo. La actitud pasiva y conformista que manifiestan los que habitan estas ruinas también han accedido a su ruina espiritual, al derrumbe y deterioro de sus propias vidas. Dicho estado de *ruinosidad* es más peligroso que el de la ruina arquitectónica pues se apodera de la voluntad y la perseverancia del individuo como una enfermedad terminal.

En "Un arte de hacer ruinas", Antonio José Ponte focaliza la mirada desde distintas perspectivas, especialmente para contrastar las diferencias que marcan el estado de una ruina habitada y una que no lo está, la diferencia entre la belleza de una ruina que estimula la imaginación de aquél que la mira, frente a la memoria del tiempo, y la perversidad de la ruina derruida a propósito para legitimar una idea (o un régimen) y cuya fealdad nos conduce a reaccionar de forma escandalizada. Estas últimas son las “falsas ruinas”, unas ruinas que nos

hacen pensar en la fragilidad del ser humano, en el fracaso de la indulgencia y el poder que estas tienen para permeabilizar y socavar la voluntad, la autoconfianza y el ánimo del que habita con y entre ellas.

En el cuento, las ruinas se apoderan de todo y de todos. Los habitantes de este nuevo espacio están inmersos en la miseria, el pragmatismo, la indiferencia, el deterioro acelerado de lo recién creado. El profesor D. destaca como las circunstancias conducen a muchos a un conformismo ante un universo que se desploma, la aceptación del espacio arruinado frente al que no hay nada que pueda hacerse para restaurarlo o evitar su mayor deterioro. De manera que la imagen de la ruina surge como una realidad que contradice los logros de la revolución.

Ponte nos presenta un relato al estilo de una crónica dolida en donde el signo de lo marginal se configura en un cuerpo ciudadano desde el que se erige un mundo fragmentado, escindido en las expresiones rotas de sus protagonistas. Para nuestro autor en las ruinas subyace la idea de la crisis de una dictadura militar que se desmorona así como se derrumba la figura de un líder enfermo y frágil. Por ello, el elemento humano que transita en las obras de Ponte es siempre un ser en crisis, negado, marginado, descentrado y desplazado. Desde esa indigencia del sujeto podemos identificar diversas manifestaciones de la soledad, del estado de abandono y desamparo en que “viven” y “sobreviven” muchos de sus personajes frente a los embates del poder.

Frente a un panorama político y social desolador está la experiencia de la soledad la que servirá como una especie de elemento conciliador y vinculante entre dos espacios: el de “afuera” y el de “adentro”. El derrumbe, el desmoronamiento, la decadencia, el derrumbe de estructuras son todos sinónimos de un mundo arruinado, ese *des-trozo* donde se apoyan las estructuras que signan un espacio deformado, con el propósito de manifestar el *des-borde* de una geografía humana que se enfrenta a «la soledad» como una consecuencia inexpugnable del encierro que produce la marginación sistemática. El desplazamiento obliga a la soledad, una soledad que se asume desde la cotidianidad como una resistencia ante el abuso del poder político que ha paralizado los vínculos sociales y el contacto entre los sujetos. La soledad se construye como una metáfora que sustenta la lucha de los habitantes de las ruinas para sobrevivir al derrumbe de la propia identidad. Las ruinas a su vez son, posiblemente, una especie de «refugio del alma», una forma de definir la identidad, un arma de resistencia frente a un poder excluyente y omnipotente, un escudo para defenderse de un sistema que pretende desarticular la conciencia de los sujetos que se resisten a participar de un proceso de fragmentación del alma.

Antonio José Ponte aprovecha este relato para examinar el arte que debe albergar toda ruina, una forma de legitimar la palabra que forma parte del título del cuento y desde la que se

explora, a partir de la reflexión que le provoca el estado ruinoso de la capital cubana, formas auténticas que garanticen otras formas de mirar el paisaje derruido que rodea la ciudad. La mirada surge también como un elemento coyuntural para examinar la realidad refractada de la memoria, reflejo de una dislocación de los valores tradicionales que yacen de una u otra forma en la memoria colectiva cubana. Las ruinas habitadas son para Ponte una especie de crónica del derrumbe. La tensión, la lucha ante la desigualdad y la marginación terminan por quebrar la esperanza, los sueños y esa memoria colectiva. La cotidianidad asfixiante de los sujetos, termina por derruir su espacio que ha sido construido sobre las “ruinas de una ficción”. Por ello, el territorio donde habitan los personajes son espacios aislados, frágiles, derruidos, donde escasean los alimentos más básicos para la familia, un lugar en crisis permanente, donde el frío penetra por todos los resquicios de la interioridad humana.

El cuento "Un arte de hacer ruinas" está ubicado en el centro del libro y es el único relato en que todo sucede dentro de Cuba. En él La Habana aparece duplicada en una ciudad simbólica llamada Tuguria, que fundada como un espejismo invertido, se convierte en un lugar esperanzador, en oposición a la ciudad de “arriba”. Esta extraña ciudad subterránea, que se haya debajo de La Habana, es una réplica que ha sido reconstruida con materiales robados de arriba, una ciudad que en realidad perpetúa la ilusión de una estructura perdurable. Las ruinas de “arriba” se traducen en otro espacio habitable, en un destino

arquitectónico que denuncia la vida precaria y asfixiante, en este espacio se levanta la terrible amenaza del derrumbe y la muerte de los tugures. El profesor D. será un ejemplo de este tipo de catástrofe.

La inmovilidad del país tiene mucho que ver con las ruinas, y este es el tema profundo que propone el cuento al presentarnos una ciudad fosilizada en el tiempo, que está prácticamente sin cambiar, y que se acerca cada día al peligro de su derrumbe. Entre resignación y melancolía, la vida de los protagonistas de este relato, no es más que el transcurrir lento del tiempo que desembocará en el derrumbe total de los silenciosos testigos de una Habana que guarda vestigios de su floreciente pasado, en oposición con su pobre realidad actual. Las imágenes y los personajes hablan de la imposibilidad de la vida en todas sus manifestaciones. Para Ponte la ruina es el refugio solitario, una especie de fantasma de un pasado ideal que tal vez nunca existió. Eso ocurre con las ruinas habitadas en este cuento, pues cuando una capital o un país entero, que también tiene apariencia de cárcel porque no hay salida, está en ruinas, entonces lo vinculante, lo que guarda en común cualquier habitante de esas ruinas es la necesidad de refugiarse en algo. El denominador común entre todos los que habitan el cuerpo narrativo de esta historia es el estado de desmoronamiento de “afuera” y de “adentro” de las cosas, la devaluación de la vida, pero ante todo, está la perseverancia de los habitantes de esas ruinas y el esfuerzo que realizan para mantener un cuerpo con memoria histórica, que les impida borrar el valor

del pasado y la capacidad rehabilitadora del ser humano para reconstruirse a sí mismo.

NOTAS

¹El concepto *ruina* en su relación etimológica proviene del latín «ruere, redere o ruina», que significa caer o ruido de piedras que caen o se derrumban. *Diccionario de la Lengua Española*. (2001). Vigésima segunda edición. Real Academia Española: Madrid.

²Georg Simmel fue un filósofo, sociólogo y ensayista alemán. Doctor en filosofía por la Universidad de Berlín en 1881. Se centró en el estudio de los pequeños grupos alejándose de las grandes *macroteorías* de la época. Daba gran importancia a la interacción social. "Todos somos fragmentos no sólo del hombre en general, sino de nosotros mismos." Georg Simmel fue uno de los grandes pensadores urbanos. No sólo por su enorme capacidad para reconocer y explicar aquellas cosas que eran propias de la *nueva vida urbana*, sino también porque fue capaz de presentarlas de manera sencilla y penetrante.

³Antonio José Ponte (Matanzas, Cuba, 1964) ha trabajado como ingeniero hidráulico, guionista de cine y profesor de literatura. Ha publicado dos libros de cuentos: *In the cold of the Malecon & other stories* (City Lights Books, 2000) y *Cuentos de todas partes del imperio* (Éditions Deleatur, 2000), este último traducido al inglés como *Tales from the Cuban Empire* (City Lights Books, 2002). Su poesía está recogida bajo el título *Asiento en las ruinas* (Letras Cubanas, 1997). Es autor de la novela *Contrabando de sombras* (Mondadori, Barcelona, 2002). Antonio José Ponte es uno de los más prestigiosos ensayistas cubanos. Expulsado en 2003 de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, por sus ideas contrarias al régimen castrista, vive

en La Habana. Publica regularmente en las revistas *La Habana Elegante*, *Cuadernos Hispanoamericanos* o *Letras Libres*.

⁴Andreas Huyssen, *La nostalgia de las ruinas*. Punto de Vista, No. 87. 2007. Buenos Aires, Argentina. El texto, con el título "Nostalgia for Ruins" apareció en la revista *Grey Room* 23, primavera 2006. Para analizar el imaginario contemporáneo de la ruina, Huyssen se remonta a las definiciones que encontró la ruina desde la modernidad temprana, en el siglo XVIII, para señalar las diferencias que cada momento le dio a esa idea, y para localizar en Giovanni Battista Piranesi, leído a través de Adorno y del concepto benjaminiano de historia natural, un imaginario moderno alternativo: las ruinas de Piranesi son accesibles a la nostalgia reflexiva y dan cuerpo a una dialéctica de la modernidad necesaria para imaginar un futuro más allá de las falsas promesas del neoliberalismo y el shopping mall global.

⁵Una de sus obras más recientes, *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos* (Colección Aula Atlántica, Fondo de Cultura Económica, México D.F.) ha visto la luz en agosto de 2005. Los temas del poemario *Asiento en las ruinas* (1997) y de la novela *Contrabando de sombras*, de los ensayos de *Las comidas profundas* (1997) y *El libro perdido de los origenistas* (2002), de los relatos de *Corazón de skitalietz* (1998) y *Cuentos de todas partes del imperio* (2002) son los mismos: la Habana y sus ruinas, la tradición y sus escamoteos, el socialismo y sus éxodos, la amistad y sus traiciones, la memoria y sus olvidos. La literatura de Ponte es una plataforma giratoria que proyecta la misma imagen desde todas las miradas posibles.

⁶Las barbacoas fueron originalmente chozas hechas por los indígenas cubanos. Estas se caracterizaban por ser construidas sobre arcones de madera, generalmente inmersos en las aguas de los ríos. Actualmente, en Cuba se llaman barbacoas a los pisos intermedios

construidos en las edificaciones coloniales o en aquéllas de principios del siglo XX que presentan puntales muy altos. Las barbacoas se edifican violando los principios constructivos por lo que debilitan con su peso los precarios edificios de la ciudad. Los materiales con que se construyen las barbacoas son generalmente de deshecho

⁷En su novela, *La fiesta vigilada*, Ponte utiliza esta idea y la ficcionaliza en la experiencia de un fotógrafo que realiza una investigación en Centro Habana. El protagonista de esta novela también nos revela que recuerda haber leído un artículo que versaba sobre las edificaciones habaneras en pie pese a que las leyes físicas más elementales suponían sus desmoronamientos. Se decía que la existencia de aquellos edificios era por pura chiripa, “más de la mitad de las construcciones se encontraba aquejada de estática milagrosa”

⁸Tuguria= vivienda primitiva habitada por labradores y pastores. El concepto se deriva del verbo «tego» que significa *cubrir*. *Tuguria* se refiere a La Habana desplomada, polvorienta y ruinoso, en la que viven los *tugures*. De este concepto A. J. Ponte utiliza el término *tugurización* definiéndolo como la capacidad que tiene una ciudad sobrepoblada para hacer divisiones dentro del espacio urbanizado y convertir en tugurios esos lugares, es decir, devaluarlos arquitectónicamente por la necesidad de apiñar vidas dentro de un espacio limitado.

⁹Ponte, Antonio José. (2006) *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos*. Fondo de Cultura Económica. p.73

¹⁰Rodríguez, Néstor E. «Un arte de hacer ruinas: entrevista con el escritor cubano Antonio José» *Ponte. Revista Iberoamericana* Vol. 68 No. 198, 2002.

¹¹*Idid.* (2006) *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos*. Fondo de Cultura Económica. p. 64

¹²*Idid.* *Revista Iberoamericana* Vol. 68 No. 198, 2002.

Bibliografía

Diccionario de la Lengua Española. (2001). Vigésima segunda edición. Real Academia Española: Madrid.

Ellegiers, Sandra. «Cuba es un lugar donde nada avanza» Entrevista al cineasta alemán Florian Borchmayerco -director del documental *La Habana: Arte nuevo de hacer ruinas*. *ABC*, España. Berlín: miércoles, 6 de septiembre del 2006.

Ponte, Antonio José. (2006) *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos*. Fondo de Cultura Económica. p.73

_____. (2007). *La fiesta vigilada*. Barcelona: Ediciones Anagrama.

Rodríguez, Néstor E. «Un arte de hacer ruinas: entrevista con el escritor cubano Antonio José» *Ponte. Revista Iberoamericana* Vol. 68 No. 198, 2002.

Mario Santí, Enrico. *Habana: Arte nuevo de hacer ruinas Especial/El Nuevo Herald*. <http://www.ruinas.de><http://www.raros.de>

Sarduy, Severo. *Escrito sobre un cuerpo*. Ensayos de crítica. Buenos Aires: Sudamericana, 1969

Simmel, Georg. "Las ruinas". *Revista de Occidente*, ISSN 0034-8635, N° 76, 1987 (Ejemplar dedicado a El tiempo), pp. 108-117.